



LA REPRESENTACIÓN DE LA **Lucha** **Ambiental**

ES UNA **Mujer y Madre**

Zharic Hernández Montaña

Estudiante de Antropología y semillerista del grupo Oraloteca

¿Por qué la representación del territorio y sus luchas es una madre?

«En el principio, todo existía solamente en el pensamiento, que no había día, ni noche, ni nada y que todo vivía solamente en el espíritu. Cuentan que en aquel entonces los Padres Espirituales discutían sobre la posibilidad de materializar la existencia del mundo en relación con la existencia de los otros mundos hacia arriba y los otros mundos hacia abajo. La tierra y la existencia de los arahuacos nacen en el intermedio de los mundos.



Dicen los Mamos que las Madres y los Padres Espirituales organizaron la existencia humana en formas y niveles de entendimiento, que están determinadas por nueve dimensiones. Ellas a su vez existen en relación con los nueve planetas y los nueve meses de gestación de la mujer, y en dualidad complementaria constituyen las formas de relación y conjunción entre los mundos material y espiritual. Cada uno de los mundos, en su orden cosmogónico y espiritual, fue concebido desde el origen, a partir de cargas de energía positiva y negativa, generados como necesarios para garantizar el equilibrio entre todas aquellas formas de vida que cobraron existencia material».

Ley de origen arahuaca

«Ma'lelwa los hizo de muchas substancias y les dio consistencia dentro de un gran caldero de barro cocido. Después, ese mismo caldero lo transformó en un cerro y lo identificó con el vientre de las hembras, donde se cuaja y se forma la vida. Esta es la relación: “Del vientre de Ma' la Tierra y germinó la semilla, la primera simiente de la cual nacieron los wayúu”. Es así, de este modo, en que fuimos creados desde el vientre de la Tierra».

Ley de origen Wayúu

En todas las comunidades, sin importar sus diferencias, existe una noción del origen que ubica un principio en relación con unas capacidades creadoras, reproductivas y luego guardianas. Los grupos indígenas y ancestrales cuentan con unas leyes y unos relatos más organizados y específicos para explicar la creación del territorio y la existencia de ellos como pueblos, pero esta reflexión en torno a de dónde venimos y qué órdenes sustentan nuestra vida no es exclusiva de los pueblos originarios; por el contrario, es casi una necesidad humana a la que se le da respuesta desde las concepciones más universales, como la del cristianismo, hasta las más cotidianas, como las de la tierra y la maternidad, cada una con sus condiciones contextuales específicas.

En todo caso, algo que estas interpretaciones del mundo tienen en común es la representación tanto simbólica como literal del cuerpo femenino por las capacidades reproductivas y maternas. En el principio se ubican la nada, la oscuridad y la penumbra, y de ahí nace todo lo terrenal conocido, que da paso a nuestra creación. Así mismo se crean nociones del orden y del equilibrio en función de lo masculino y lo femenino, el bien y el mal, etc. De esta manera se ubica a las distintas imágenes de «las madres» como encargadas de un balance que, de hecho, se ha perdido a raíz de las problemáticas del cambio climático.

Principalmente, encontramos a la Madre Tierra en cualquiera de sus nombres y representaciones, ya que cada comunidad ha determinado una denominación particular para la relación que se da entre el territorio o universo que cohabitamos y nuestra coexistencia. Aun desde el pensamiento occidental se maneja la noción

de ecosistema como una intercalación vital entre la tierra y nuestros cuerpos, a pesar de que se sostiene por unos valores epistémicos de producción y consumo. Según esta concepción, el entorno natural es el reproductor de todos los recursos, de tipo físico, químico, orgánico o energético, necesarios para nuestra supervivencia.

En todas sus presentaciones, la naturaleza cumple de manera simbólica y literal la función de ser el primer útero de todo lo existente. Luego encontramos a sus hijas, las madres terrenales, que, de una manera más estrictamente literal, son el útero de lo humano. Las madres cargan con el rol «natural» de la reproducción, el cual incluye parte de la concepción, los meses de embarazo, durante los cuales sus cuerpos se encargan del proceso largo y complejo de formar otro nuevo ser, y así mismo la responsabilidad de parirlo.

Por otro lado, las madres se ven asociadas a roles y tareas que, si bien son determinados por la cultura y se encuentran normalizados, no son naturales. Se trata de todas aquellas labores de cuidado no remuneradas que sostienen cualquier sociedad, como la crianza, el cuidado de las plantas, la administración del hogar y la atención a los más vulnerables, como los niños y los adultos, entre otras. Estas obligaciones, de nuevo, se relacionan con la tierra ya que dependen directamente de las condiciones de los recursos naturales, pero exponen a su vez a las mujeres a los riesgos que surgen cuando estos materiales comienzan a

escasear o las condiciones para adquirirlos cambia. Así, si bien popularmente los trabajos de la tierra se vinculan a una imagen masculina en función de la fuerza bruta, cuando se habla del cuidado de este medio y de su armonía son comunes las representaciones femeninas, a las que no se les otorgan méritos y son desestimadas.

La economía del cuidado, en general, incluye las actividades en las que se atiende a otra persona o a sí mismo. Una definición más acotada es la acogida en Colombia por la Ley 1413 de 2010, que la entiende como el trabajo no remunerado que se realiza en el hogar, relacionado con el sostenimiento de la vivienda, los cuidados a otras personas del hogar o de la comunidad y el mantenimiento de la fuerza de trabajo remunerado. También existe la noción de «sociedad del cuidado», que prioriza la sostenibilidad de la vida, articulando cuidados de las personas y del planeta como el camino para revertir la desigualdad social y de género, a la vez que se dimensiona la importancia de estas tareas para el ambiente y el desarrollo económico. Sin embargo, estos esfuerzos, remunerados y no remunerados, han sido invisibilizados usualmente en el análisis económico y político debido a que gran parte de ellos son realizados por mujeres y se asume que son parte de su responsabilidad.



En este orden de ideas, además de la feminización de las tareas de cuidado, también existe una imposición de lo materno sobre todos los cuerpos femeninos pues, si bien estas labores de atención son independientes a todo lo biológico, suelen atribuirse a las mujeres, tengan o no hijos. En general, esto dificulta la participación de ellas en los espacios de toma de decisiones, a pesar del mérito que supone la importancia de sus actividades.

También es evidente que la lista de responsabilidades intransferibles de las mujeres suele hacerse más larga o corta según clase y raza. Es decir, las condiciones socioeconómicas y socioculturales afectan la distribución de estas obligaciones. Por lo tanto, es habitual que las encargadas de las tareas de cuidado sean mujeres pertenecientes a los grupos más vulnerables de la sociedad, no porque dichas labores sean denigrantes, sino, por el contrario, porque surgen debido a la falta de garantías y la vulneración a los derechos. De hecho, cuantas más mujeres cuenten con los medios para que otras personas se encarguen de estas actividades, más sencillo será su acceso al área pública de la sociedad.

Estas anotaciones no se realizan con el ánimo de satanizar las labores de cuidado; nuestra idea principal es, en cambio, destacar su relevancia en la preservación, la respuesta y la defensa del territorio frente a las afectaciones del cambio climático. Lo que se busca, entonces, es visibilizar el panorama completo, destacando la

importancia de estas tareas e invitando a verlas como un acto de resistencia, protección y liderazgo que debe ser remunerado o exaltado como es debido, mas no romantizado y silenciado, como se viene haciendo. De otra forma, esto es, al seguir comprendiendo todas las actividades que conforman la economía del cuidado como responsabilidades por excelencia de las mujeres y «ayudas» insignificantes para el sustento del hogar, solo se mantendrá una dualidad incompatible entre ser buenas lideresas y ser buenas mujeres. Así lo expone una de las participantes del foro «Impactos sociales del cambio climático en el sur global»:

En un mundo donde los líderes son los que dicen y no los que hacen, otros ocuparán los espacios de discusiones del cambio climático para hablar de cómo mantener los campos verdes, mientras que las mujeres en la casa se quedan regando las plantas, repartiendo los alimentos y cuidando a los niños y ancianos, para que ese campo pueda mantenerse verde y los otros puedan liderar (lideresa de la asociación de mujeres campesinas y rurales de San Pedro, comunicación personal, 2022).

¿Buenas lideresas vs. buenas mujeres?

Cuando la violencia golpea nuestros territorios y comienza a asesinar todo lo que conocemos y nos importa, no hay más opción que resistir e intentar defenderlo, aun y con la propia vida. Y lo logré. Soy una buena líder. Llevo más de diez años luchando por mi territorio y hemos logrado cosas importantes. Nadie puede dudar de mi temple para ponerle la cara la lucha, pero eso tiene costos, unos muy altos; principalmente, las amenazas que han llegado a la puerta de mi casa, y una vez casi me logran matar.

Pero no solo soy líder; también soy mujer, esposa y madre, y estos procesos llevan muchas cosas que lo llevan a uno a hacer

y ser más de lo que se supone que uno debería estar haciendo, y eso es lo que me han hecho sentir durante esos años. Sé que mis mujeres me necesitan; yo represento sus intereses, comparto sus dolores, pero los machos y algunas personas de mi familia piensan otra cosa. Piensan que soy una mala mamá y que soy una mala esposa, por estar en todos lados menos en mi casa. Yo no lo entiendo así, porque al final, si yo lucho, es para que mi muchacho pueda vivir en paz, pero para ellos soy una problemática, entrometida, una mala mujer. Justo eso me dijeron los hombres que me hicieron el atentado, que eso me pasa por estar metiendo mis narices donde no debía, ¡qué mejor me fuera a cocinar! (lideresa de mujeres y niñas wayúu, comunicación personal, 2022).

Nuestras sociedades están construidas por imaginarios, unas imágenes configuradas como si de leyes universales se tratara, que se encargan de clasificarnos y formarnos en lo que «deberíamos ser». Estas concepciones se sostienen con los roles de género, las diferenciaciones de clase o raza, y según la edad, entre otros determinantes sociales.

A las mujeres se les otorgan un sinnúmero de tareas y pautas para cumplir acabadidad sus obligaciones y ser así buenas mujeres. Estas imposiciones comienzan a regir de manera inconsciente desde el punto cero de la crianza. De esa forma se nos educa: para poseer algunas cualidades, actitudes, deseos, aspiraciones y ocupar espacios que nos permitan llenar este molde.

La influencia de los valores judío-cristianos en nuestra sociedad ha determinado esta imagen de «pulcritud», «virginidad» y «bondad» que caracteriza a las

representaciones de la Virgen María, y este ideal constituye el paradigma por excelencia de buenas mujeres. Se espera que sean personas abnegadas y sacrificadas por el bien común, obedientes, cariñosas, bondadosas, carismáticas, recatadas, para ser en consecuencia buenas hijas y en algún momento buenas esposas y madres. Estas expectativas no están construidas por adjetivos negativos; por el contrario, están adornadas de tanta perfección que distraen a las mujeres de los espacios educativos, formativos, laborales y de poder que poco a poco, con la lucha por la equidad de género y la liberación femenina, han podido alcanzar.



En efecto, cuando las mujeres son juzgadas o evaluadas en sus distintos espacios, incluyendo la cotidianidad de sus hogares y en la privacidad de sus familias, estas labores de cuidado y capacidades redentoras vuelven a estar en juego. De este modo, cuando ellas se enfrentan a la lucha por el liderazgo social ambiental y político en sus territorios, no solo se encuentran con las dificultades debidas a la violencia que sufren los territorios y con los riesgos de ser observadas por los entes armados que se enfrentan por la tierra en Colombia; además, tienen que cargar con unas problemáticas específicas vinculadas a la no dualidad que existe entre los imaginarios y las actitudes esperadas de las mujeres y de los líderes.

De un líder se espera que sea decidido, arriesgado, objetivo; atributos relacionados al imaginario masculino. En cambio, cuando son las mujeres las que presentan estas características para enfrentar sus tareas de liderazgo y defender sus proyectos, son calificadas con adjetivos negativos, como violentas, histéricas, irracionales o, de forma peyorativa, como románticas y subjetivas. Asimismo, a las mujeres se les pide, por un lado, no llevar al área laboral las problemáticas que causan las cargas del hogar, sin contar con las condiciones para que ambos escenarios sean equitativos entre hombres y mujeres. Sin embargo, por otro lado, también se les solicita no abandonar las tareas del hogar y todas esas obligaciones no remuneradas que cargan solo por ser mujeres; entre ellas, la de sostener la «calidad» de sus vínculos con familias, amigos y parejas.

¿Cómo se lucha contra tantas violencias al tiempo?

Siempre nos han dicho que la casa es de nosotras, de las mujeres; entonces no sé por qué se les hace raro que seamos nosotras quienes salgamos a defenderla o que seamos las más perjudicadas cuando la tierra, que es nuestra casa, se «muere». Nosotros éramos felices antes de que la palma llegara y con ella nos jodieran todos. Mis ancestros tomaron esta tierra hace muchos años; con ella construimos nuestras maneras de vivir, pero cuando la tierra se comenzó a secar ya nada se podía. Cómo íbamos a poder seguir sembrando en nuestros patios nuestras plantas medicinales y tener nuestro pan coger si nos bloquearon el agua para su beneficio. Nos han dejado en seguía y ceniza. Porque no se han conformado con violar nuestra tierra; también han incendiado nuestros cultivos, asesinado a nuestros líderes, violado a nuestras mujeres y enfermado a nuestros niños y mayores. Y nadie hace nada. Porque somos negros, pobres y sin títulos, y ellos tienen los

contactos y las armas que nosotros no (lideresa del consejo comunitario de Rincón Guapo Loverán, comunicación personal, 2022).

Resulta que aquí es donde todo se intercepta y nos obliga a posicionarnos en una mirada interseccional, porque no somos solo mujeres peleando contra las violencias patriarcales; somos sujetos atravesados por múltiples factores históricos, territoriales y estructurales que nos enredan, haciéndonos víctimas de múltiples violencias que ejercen presión al tiempo hasta parecer una misma. El racismo, el clasismo y los fenómenos territoriales específicos como los vividos en Colombia por tantos años de conflicto interno nos han llevado a adoptar estrategias para defendernos de distintos victimarios, algunos de los cuales no poseen rostro y solo son parte de un sistema que nos oprime por una y otra razón. Porque ser mujer y enfrentarse a la lucha ambiental es una cosa, pero ser mujer y negra/campesina, pobre, desplazada y analfabeta es otra.

¿Y cómo se lucha contra tantas violencias al tiempo?, ¿cómo se nos da respuesta si las «soluciones» se encuentran bajo unas condiciones que no poseemos?, ¿qué hacemos cuando la sociedad quiere hacernos sentir y vivir que todo está construido para que se quede como está, para que nunca seamos escuchadas? ¿Pelear hasta con la propia vida? ■

